



Mensaje ocasional en el XV aniversario del martirio de Monseñor Oscar A. Romero¹

Por José Miguel Torres Pérez²

Recibido: 01.03.1995 / Aprobado: 10.12.2014

RESUMEN

El presente testimonio fue escrito por el teólogo ecuménico y pastor bautista nicaragüense José Miguel Torres h., en ocasión de la conmemoración del 15 aniversario del martirio de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, describe a grandes trazos las vivencias con el Mártir y Santo en el año de 1977, cuando le tocó asumir el pastorado de la Iglesia Bautista "Emmanuel" de El Salvador y cuando ya en ambos países los pueblos se alzaban en rebelión contra los regímenes dictatoriales que los oprimían.

Palabras clave: Monseñor Romero, profeta, martirio, ecuménico, constructor pacífico.

ABSTRACT

This testimony was written by the ecumenical theologian and Nicaraguan Baptist pastor José Miguel Torres h., on the occasion of the commemoration of the 15th anniversary of the martyrdom of Archbishop Oscar Arnulfo Romero. He describes in broad outline the experiences with the Martyr and Saint in the year 1977, when he had to assume as pastor of "Emmanuel" Baptist Church of El Salvador and when in both countries the people rose against the dictatorial regimes that oppressed them.

Key words: Monsignor Romero, prophet, martyr, ecumenical, peacemaker.

¹ Mensaje compartido en la Iglesia Bautista "Emmanuel" de El Salvador (1995).

² Pastor bautista, teólogo ecuménico y pacifista, subdirector del Instituto "Martin Luther King" de la UPOLI. Fallecido el 15 de enero de 2012.

Conocimos a Monseñor Romero y digo en plural porque fue una experiencia colectiva de nuestra Iglesia Bautista “Emmanuel” de El Salvador.

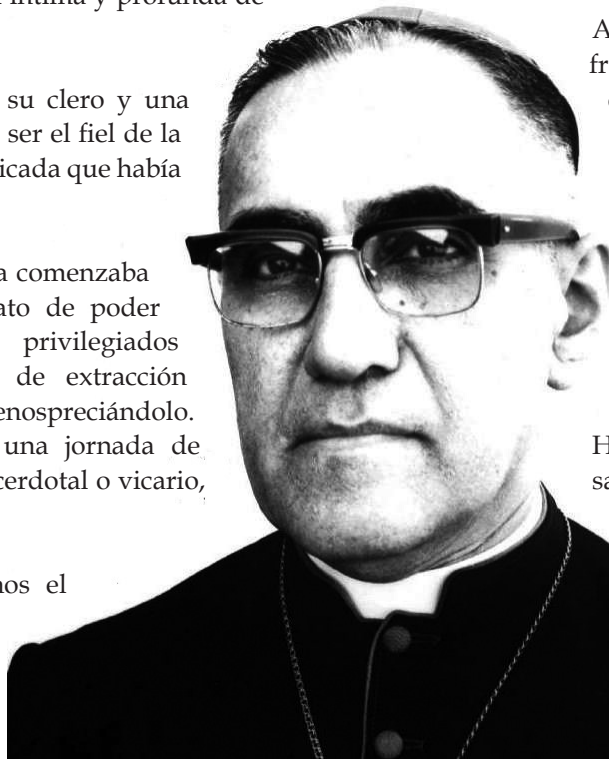
Cuando se dieron los sucesos relacionados al asesinato del Padre Rutilio Grande, la Iglesia “Emmanuel” que le respaldaba en muchas de sus actividades se sintió muy afectada y comenzamos un proceso de reflexión para expresar una posición solidaria, recuerdo sí que sin el Padre Grande nos sentíamos como desvinculados orgánicamente de la Iglesia Católica.

Al suceder el asesinato del Padre Navarro, nuestra humilde y pequeña Iglesia en sesión plenaria aprobó hacer una pública denuncia profética de aquellos crímenes. Entregamos copia a la Secretaria de la Presidencia de la República y nos apersonamos ante el Arzobispo en el lugar de la celebración que era en un templo de la Colonia Miramontes. Allí, en la homilía se dio la coincidencia providencial de su llamado a todas las iglesias cristianas no-católicas. Inmediatamente solicitamos un despacho en el Seminario San José de la Montaña y todo nuestro Consejo Pastoral y Cuerpo de Diáconos, tuvimos con Monseñor Romero momentos de gran fraternidad, estímulo y oración. El domingo siguiente hizo referencia a la vista y leyó el documento en sus partes medulares. Aquí comenzó una amistad íntima y profunda de nuestras Iglesias.

Nos invitó a sesiones con su clero y una vez nos dio el privilegio de ser el fiel de la balanza en una decisión delicada que había que tomar.

El ataque contra su persona comenzaba a ser feroz, todo el aparato de poder le acosaba, los sectores privilegiados hegemónicos aun siendo de extracción católica le irrespetaban, menospreciándolo. Allí decidimos organizar una jornada de respaldo a su ministerio sacerdotal o vicario, pastoral y profético.

El tuvo a bien concedernos el privilegio de compartir su púlpito en la Santa Catedral de San Salvador y a través de la emisora



Cortesía Equipo Maíz, El Salvador.

católica (Y.N.S.X.) expresamos el sermón ocasional basado en aquella frase “A los profetas tiene ónganlos” que fue la respuesta del Padre Abraham a aquel rico que se condenó en el infierno según el evangelio de Jesús; allí llamamos con su nombre y apellido a las clases hegemónicas, al gobierno, a las castas militares y a todos los grupos de poder, la palabra de denuncia de su pecado frente aquel Santo de Dios. No puedo dejar de decir que en aquel clima tan ecuménico el coro de nuestra Iglesia cantó “Castillo Fuerte es nuestro Dios” de Martín Lutero.

Después aceptó llegar a nuestra humilde Iglesia “Emmanuel” con tantos miles de fieles, que fue todo un acontecimiento en el Barrio San Jacinto, aquella fue una noche teológica inolvidable.

Con frecuencia salíamos en su vehículo a trabajar en conjunto, compartíamos las visitas de delegaciones de iglesias de todo el mundo que venían a expresar su solidaridad, tanto para él como ojo del huracán profético, como con nosotros que éramos una manada pequeña jugando un rol de respaldo fraternal y de apoyo. En algunos momentos dolorosos cuando algunos hermanos de nuestra Iglesia fueron asesinados, por su medio logró la Iglesia rescatar sus cuerpos, reclamándolos él mismo con dolor de padre para todos.

Así comenzó y se desarrolló una fraternidad ecuménica linda y hermosa con Monseñor Romero, llena de confianza, franqueza y alegría; era aquello como el encuentro de dos hermanos en el que cada uno en su corazón concentraba inmensos sentimientos de Amor a la espera de poderlos expresar ¡Cuánto aprendimos en esos contextos de seguimiento del discipulado costoso!

Hoy estamos aquí en esta tierra de sangre santa derramada, estamos aquí en esta tierra de encuentro con Dios. Estamos en esta tierra de Zarza ardiendo y es por eso que podemos escuchar la Voz que nos dice que “nos quitemos nuestras sandalias”, porque estamos en el monte Santo del Señor.

Y venimos aquí a quitarnos las sandalias de las desilusiones, del pesimismo, del fracaso, de los temores, los pesares, las obcecaciones, de las carencias de amor fraternal, de las carencias de perdón y arrepentimiento, de las carencias de mansedumbre; venimos a incinerar el viejo hombre que cargamos aún, los oportunismos que tanto daño nos han hecho, los reacomodos, los agrietamientos que hemos provocado en nuestra patria dividida, las discrepancias y las polarizaciones.

Venimos tras esa luz encendida en la colina de esta historia salvadoreña, en búsqueda de esa llama inapagable que se desprende del Espíritu de Dios, que es quien garantiza con su unión, el combustible que necesitamos, el combustible del amor divino como aquel que en pro de la vida llegó hasta una cruz y desde allí es Luz de los hombres para siempre. Venimos a esta tierra porque aquí vivió un testigo de esa Luz, ese Santo Mons. Romero de América que seguirá siendo referencia a muchas vidas que quieren realizar la voluntad de Dios. Venimos ante este testimonio de amor y de obediencia en el seguimiento de Jesucristo. Venimos para alimentarnos eucarísticamente, y poder proseguir el combate contra la injusticia en espera segura de la victoria, cuando los malvados serán borrados como el “tamo que arrebata el viento” y de los mansos será la tierra por heredad de Dios según las promesas del Evangelio.

Actualizamos esa memoria no por apologías ideológicas o teológicas sino:

Para ser testigos de que Dios nos habló maravillas en estas dolorosas encrucijadas de nuestra historia, y somos testigos de su compañía en nuestros actuales Enmaús del mundo.

Queremos ser testimonio de como el Señor se siguió manifestando en Actos creadores de futuro, futuro tanto de nuestras vidas como de nuestras muertes que está y descansa en las manos de Dios.

Proclamamos su resurrección en el despertar de nuestra fe, pues quien tiene fe, experimenta algo de resurrección en anticipo en este lado de la vida del mundo.

Testimonios que cada una y todas esas vidas que se entregaron por amor a nuestro pueblo, Dios los tomó y los ha convertido en simiente de su Reino, en esta tierra

donde él mismo ofreció su comunión solidaria al plantar su cruz en medio de nuestras cruces ayudándonos por el poder de sus sufrimientos y sus llagas ya que Él fue la Vida misma que se dio para vencer a la muerte.

Hemos venido a renovar nuestros votos de fidelidad y seguimiento profético, pues sólo le conoce quien le sigue a Él cada día tomando su cruz.

Estamos además reunidos en el nombre de Jesucristo y ante su presencia para evocar al pastor de indeclinable vocación, de ministerio a toda prueba que fue Monseñor Romero, entregado y determinado por la palabra de Dios, más que por las circunstancias, obedientes a su señor, y fiel en el seguimiento y búsqueda de la repercusión espiritual, con la perspectiva escatológica del juicio de Dios sobre nuestras vidas y responsabilidades.

Recuerdo una vez cuando la Iglesia Bautista Emmanuel y CELADEC Continental, organizamos un grupo de 88 colegas pastores de la Región Centroamericana y México. Venimos en el año 78 a El Salvador para reflexionar juntos. En uno de aquellos conversatorios intensos, algunos pastores jóvenes de Nicaragua, reflejando todo el drama y el trauma que se vivía en aquella época pre-revolucionaria, le preguntaron a Monseñor Romero sobre la opción cristiana por la vía insurreccional, la violencia y la ética cristiana. Su respuesta fue sobre todo fiel al evangelio. No le interesaba quedar bien con “*el espíritu de la época*” y dijo: “*El siervo no es más que su Señor*”. “*Si tengo que absorber la violencia en mí mismo, eso haré, pero yo no puedo retransmitirla ni reproducirla*”. El era un siervo obsesionado en moverse en el escenario de Dios.

Nosotros no dudamos que en otras partes del continente tenemos ministerios pastorales y sacerdotales ejemplares, pero el legado que tienen en El Salvador es incólume, no podemos esquivar este reconocimiento. Monseñor Romero le dio sentido y visión de Reino a la fe cristiana Salvadoreña. Él pudo darle atención personal a las urgencias humanas difíciles y complejas de miles de perseguidos, él mismo guardando las angustias de los otros en su propio corazón, transformando las penas de los demás en ferviente oración pública o privada. Algunas veces tuve la dicha de orar junto a él, incluso, en estado de enfermedad, cansancio y agotamiento él podía derramar su corazón en las manos de nuestro Señor Padre.



¿Quiénes de los millones que escuchamos domingo a domingo sus homilias podrán decir que no sentimos la iluminación de su palabra, en medio de aquellas situaciones de confusión y duda? Él se sentía obligado a dar serenidad y confianza en Dios.

En nuestra Iglesia “Emmanuel” de San Jacinto, prolongábamos una hora más nuestro servicio religioso hasta que terminaba la liturgia de la palabra en su misa dominical.

Por eso ahora ante la memoria del Paradigma de la Vocación Pastoral de América Latina, no podemos dejar de decir que uno de nuestros compromisos será reafirmar la entrega de nuestras vidas al señorío de Jesucristo nuestro Maestro, único y suficiente Salvador de quien es siempre la gloria, el honor y la honra.

Como predicador del evangelio:

Además de sacerdote y pastor, tuvimos en él un maravilloso predicador del evangelio. El predicador del evangelio es aquel que anuncia no sus ideas, o sus ideales humanos, sino el que anuncia las promesas de Dios a los hombres confirmadas en Jesucristo. Por eso el predicador del Evangelio sabe que así como con la presencia de dos o tres reunidos en su nombre se garantiza la presencia de Jesucristo, igualmente sucede el milagro del devenir de su presencia cuando se hace el anuncio de su Gracia a través de la palabra humana y a pesar de la dureza del corazón del hombre.

Por ello en sus sermones o su homilía hechas después de la lectura del Evangelio y en la presencia de Jesucristo, hacía sentir que Dios hablaba a cada vida y se nos revelaba en medio de la historia salvadoreña y Latinoamericana, allí se percibía algo que calcina cuando él desentrañaba el fuego de Dios en esos ricos estratos de la Palabra divina; su lenguaje era claro, apasionado, convincente, propio de los oradores sagrados, los hombres de Dios que excavan hondo en La Biblia y extraen las enseñanzas y riquezas de la verdad revelada a la humildad. Uno al escucharle percibía su práctica social - comprometida, sus luchas, sus sufrimientos, su alma desgarrada por el dolor cuando iba mencionando caso por caso el nombre de los hermanos humildes del pueblo, atropellados y asesinados.

Por ello debo decir a todos los hombres y mujeres del púlpito, desde celebradores de la Palabra, laicos, pastores y sacerdotes que la predicación del evangelio sigue teniendo vigencia, no somos testimonios mudos sino explicitantes de aquel amor que nos sacó de las tinieblas del pecado a su luz admirable y que el cumplimiento de la voluntad de Dios, su Reino, hacia el que caminamos, obliga el anuncio-denuncia como señal de su retorno o parusía que esperamos en adventus permanente.

Se ha hablado hasta la saciedad y todos sabemos como el actual sistema llamado por el mismo Papa “Capitalismo salvaje”, excluye a la mayoría de la población y destruye la naturaleza, cuando otros navegan en océanos de riquezas.

Supuestamente, antes por lo menos se hablaba de desarrollismo, de “Alianza para el Progreso”, ahora se desmantela el movimiento popular y los mismos

gobiernos reformistas, desde la década del 70, fueron neutralizados porque ya el banquete neo-liberal necesita cada vez menos de nuestra fuerza de trabajo. Pareciera que la consigna fuera matar las esperanzas, que no haya del todo esperanzas en alternativas económicas y políticas.

Los medios de producción siguen siendo manejados por gente sin conciencia y sin moral cristiana y por eso sigue siendo válido lo que La Biblia dice sobre la opresión a los pobres, sobre el salario injusto pagado a los obreros, como pecados que claman venganza ante los ojos de Dios.

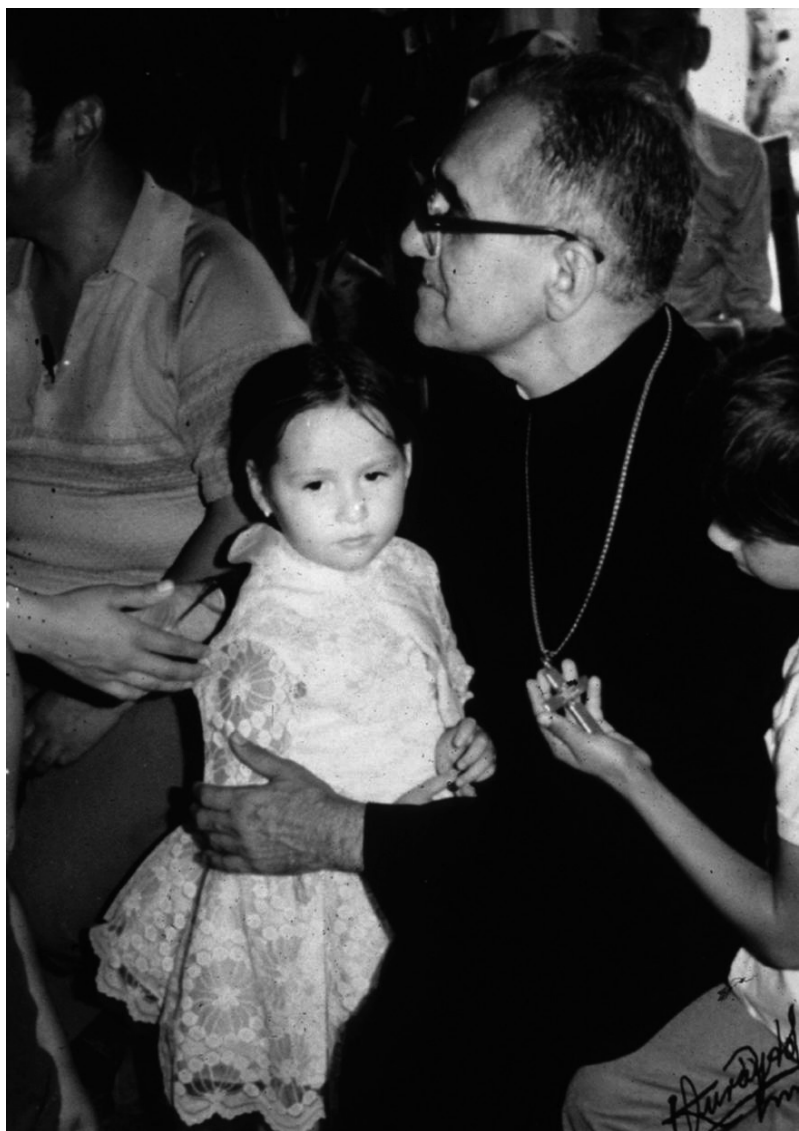
Frente al pecado de los antivalores somos llamados a una fidelidad evangélica y mientras este sistema, no importa el nombre que se ponga, no pierda su carácter opresor, alienante, productor de extrema miseria y de las contradicciones más inicuas, habrá que optar siempre por el anti-imperialismo, y ejercer el derecho de la auto-determinación, y cuando lo que está en juego con la violación y la explotación del imperio, es la identidad cristiana porque éste se vuelve un sistema que pretende adoración e induce a la seducción, somos llamados a seguir afirmando la Palabra de Dios, la obediencia a Jesucristo, el anuncio de su Señorío, que es la resistencia irreductible contra las fuerzas del mal- demoníacas, entronizadas en transnacionales de la muerte cotidiana, que en lo que va del siglo que termina, ha causado la destrucción de 1,200 millones de seres humanos aniquilados en su mayoría en tiempos de supuesta Paz.

Tenemos que vivir y sobrevivir, resistir espiritualmente, moralmente y físicamente. Indudablemente que sí, se trata de firmar la Paz y parar la guerra, pero también parar un sistema que hace más víctimas que la guerra; no sólo se trata de utopías globales y que la gente se muera de hambre, sino incluso dar respuestas samaritanas mientras se dan las Zaqueanas de devolución de la mitad de los bienes a los pobres y lo acumulado en base al fraude, devolverlo 3 veces, multiplicando soluciones momentáneas que aunque son insuficientes sí son importantes. Mientras avanzamos a las grandes mudanzas que la historia reclama.

A veces a nuestros pueblos pobres los proyectan como guerreristas y violentos obcecados en el uso de las armas y la fuerza; sin embargo son otros los que han hecho

de la civilización una trágica maldición armamentista y nos han obligado a tener que vivir con la violencia intrasistemática, estructural y hasta ecológica.

Al contrario, los pueblos son siempre quienes quieren acabar con la guerra y hemos visto a los pueblos ser capaces del perdón al enemigo, capaces de generosidad y hasta de abolir la pena de muerte. Sin embargo, hubo situaciones de auto- defensa del pueblo en la que los cristianos no se quedaron paralizados ni neutralizados tras la búsqueda de acciones moralmente perfectas, sin mancharnos las manos, por lograr un perfeccionamiento imposible, ya que eso también es un egoísmo que Dios



mismo no tolera. Fue así que confiando en la misericordia y el perdón de Dios que nos alcanza aún allí donde se tienen que tomar opciones y decisiones por el conflicto y la violencia en pro de la auto- defensa del pueblo, asumimos roles de compromiso radicales con todas las consecuencias.

Posiblemente hubo cristianos no- violentos que aunque no tomaron las armas, sí se sumaron orgánicamente y expresaron su solidaridad con quienes recurrieron a la violencia, cargando con todo el peso de la responsabilidad implicada.

Pero la guerra siempre es una operación dolorosa y aunque en sí misma no es justificada por muy necesaria que sea, y aunque también el cristiano la haga inevitable, estamos claros que es un método irreconciliable con el espíritu de Jesucristo. *“La guerra será siempre una señal del pecado de este mundo y una manifestación humana del mal y por lo tanto habrá de ser siempre condenada”*. (Documento del C.M.I)

Más aún, los cristianos debemos recordar que la tempestad de una nación refleja siempre la infidelidad de la iglesia en su misión de vivir a plenitud el evangelio, de ser la luz, sal y fermento del mundo.

Por eso Monseñor Romero no pretendió como cristiano excluir otras alternativas de solución al problema de la justicia social frente a la miseria y el sufrimiento, pero sus iniciativas fueron la Paz. *“Por eso él es el arquetipo del héroe cívico. Nuestra historia mundial y latinoamericana está llena de héroes ligados a la guerra; la guerra, ese fenómeno social destructor de la vida, las guerras no se ganan, pueden haber causas justas, pero no guerras justas, muchos de nuestros héroes militares no fueron sino conductores de una parte de nuestra sociedad al sacrificio con y contra la otra parte de nuestra nación por intereses oligárquicos. Siempre los resultados humanos y materiales de una guerra fueron de involución del país”*.

Por eso Monseñor Romero *“queda como un forjador de nación, como un constructor pacífico de patria, su intento no violento de solución a los conflictos de propiedad, tenencia de la tierra, iban más allá de la justicia distributiva (dar a todos por igual) más allá de la justicia retributiva (a cada quien según sus méritos) sino de una justicia Restitutiva”* restitución al agravamiento como

dice la Biblia. Devolverle a los saqueados de siglos sus derechos, hacer justicia a las víctimas de una sociedad manchada por el pecado”.

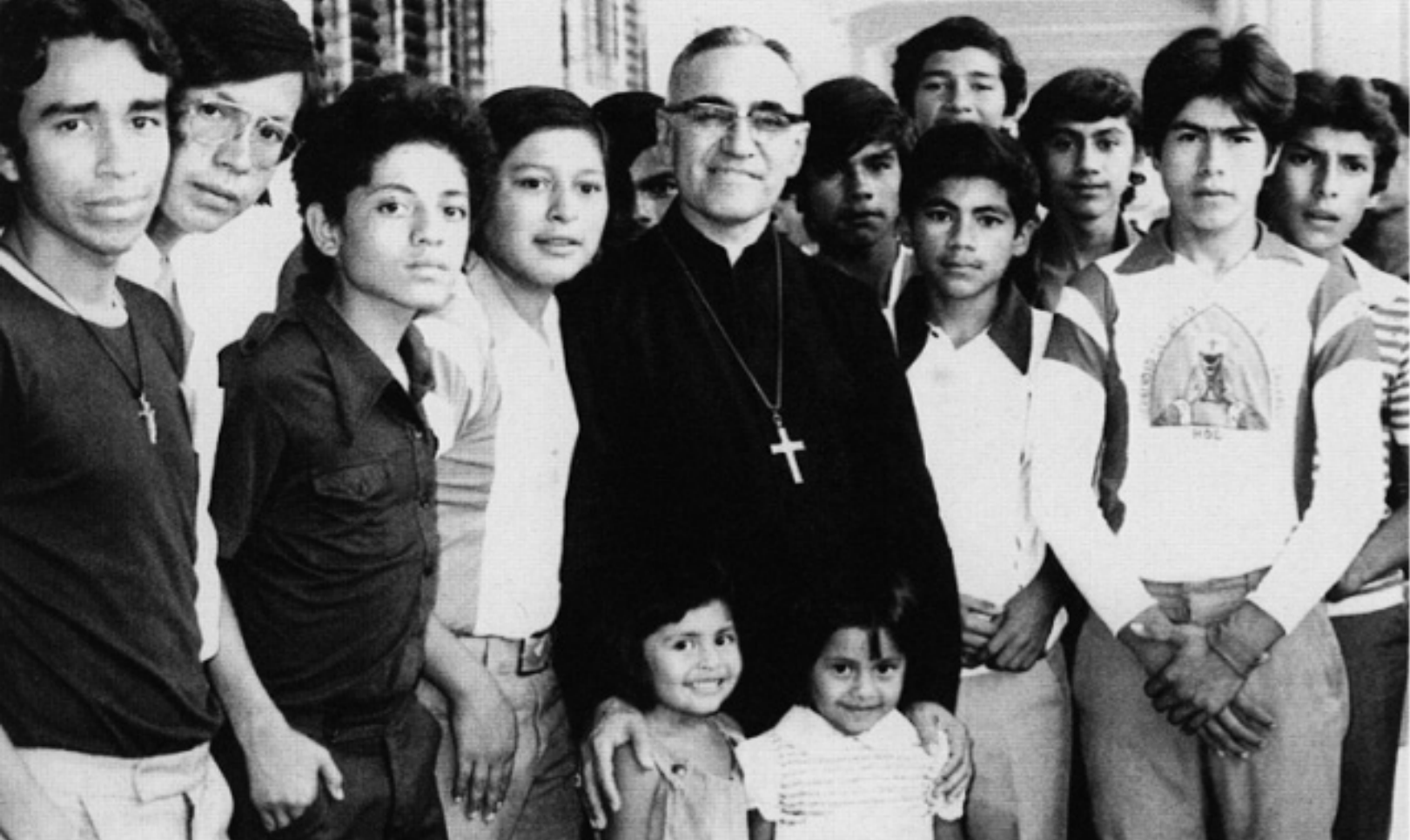
“El quiso colocar una luz sobre la colina, se trataba de una nueva mentalidad, de una nueva sensibilidad, del rearme moral del ser básico del hombre” y en este caso del salvadoreño, había que recuperar las esencias y las reservas espirituales porque la seguridad para el cristiano no es un concepto militar sino la promesa y la garantía de Dios de una nueva tierra y un cielo nuevo.

Y en esta época de derrumbe de paradigmas, de fracaso de los modelos, de los mitos del progreso, de la bancarota de un mundo, consumista, destructor de la creación obsesionado en el impío empleo de los recursos de la naturaleza. En esta nueva situación los Cristianos tenemos que mantenernos firmes sin fluctuar en la promesa del propósito de Dios que es la base de nuestra esperanza, anunciamos, la Shalom para la humanidad, recordando que el logro de la paz está siempre ligado al logro de la justicia.

Pero no todo es oscuridad, La Biblia asegura que Dios honra la sangre de sus mártires y Monseñor Romero y miles de cristianos más murieron confiados en la Resurrección del pueblo, por eso hoy vemos signos y señales de frutos que nacen del trigo que cayó hasta la muerte.

Surgen nuevos movimientos sociales, indígenas, negros, criollos, grupos de mujeres, de juventud, movimientos ecológicos, de agricultura alternativa, mercadeo popular, economía popular, agrupaciones de familias de desaparecidos, madres de héroes y mártires, experiencias de cooperación de las fuerzas que antes fueron contrarias a nivel del pueblo, reconciliaciones en torno a experiencias cooperativas de producción, educación popular, medicina alternativa, hay una nueva sociedad civil, un nuevo consenso, una nueva ética, una nueva responsabilidad, una crítica radical del poder político, a los gobiernos, a la clase política, se presiona a los ejércitos a que se reduzcan de tamaño, disminuyan sus presupuestos y hay un tendencia en los mismos ejércitos a someterse al poder civil.

Este es el contexto donde se mueve la nueva iglesia del pueblo como continuidad histórica, los cristianos del



futuro y allí es donde se ven las señales de la presencia de Dios de la vida.

En las décadas del 60, 70 y 80 todos los movimientos intentamos la superación de las desigualdades sociales mediante la lucha por la conquista del poder del estado.

Resulta interesante que los movimientos sociales en Centroamérica ya no se plantean la toma del poder político sino crear desde las bases un poder alternativo al poder político dominante, que hace que a la larga se pueda desembocar en una sociedad política más democrática, más participativa y más eficaz.

Por todo ello para nosotros los cristianos el reto es:

1. Continuar en la lucha pero sin la seducción del poder, no una política sin ética sino una autoridad que le da el servir, el hacernos siervos sufrientes; el amor es anti-poder; en la historia reciente ha quedado demostrado que el poder seduce, corrompe valores, principios y las causas más nobles. Por eso lo que distingue a Dios del demonio no es el poder sino el amor y la misericordia.
2. Por eso tenemos que trabajar por el lugar del amor, o sea, el reverso de toda política que hasta hoy conocemos. El valor de la solidaridad se ha perdido aún en militantes y cuando más se necesitaba en una época de neoliberalismo y necesidades en las bases. Se trata de volver a sentir en carne propia el dolor y el sufrimiento, la injusticia que vive el pueblo prójimo, recuperarla y darle organicidad.
3. Debemos trascender lo partidario, nuestro llamamiento está dirigido a toda la nación, incluso a aquellos ricos capaces de ver el sentido social de las riquezas por la fuerza del evangelio, si bien los cristianos hacemos una opción por lo pobres, no nos agotamos en la perspectiva de la lucha de clases que como tal puede caer en reduccionismos, o intereses egoístas de sólo determinados sectores.
4. Para el Reformador Calvino, la riqueza es sólo genuina y la misma propiedad privada no es contradictoria si se dispone para el servicio al prójimo y para la construcción del Reino de Dios, pero a la vez, si los pueblos tienen hambre nadie tiene la prerrogativa de usar los bienes en forma exclusiva para su propio beneficio.

No podemos negar:

Que somos parte de las llamadas crisis de referencias, crisis de ideologías, de modelos, incluso los caminos para hacer la justicia y la paz no siempre fueron genuinos. Se nos dice que el cristianismo popular también entró en crisis y con él la teología de la liberación. Hoy confesamos que estábamos tan entregados en tareas seculares que nos divorciamos de la Comunidad Cristiana y nos perdimos muchas veces no sólo para la fe, para la Iglesia, sino para nosotros mismos.

Pero nos alegra constatar que no hay desaliento, ni abandono, sino más bien búsqueda de comunión, hay un reintegro a la comunidad cristiana como espacio de retroalimentación, de reflexión, de oración, de amistad.

Entonces creemos que en la iglesia popular debe haber:

- Un rescate de los orígenes fundantes enriquecidos por estos últimos 30 años de lucha o de experiencias acumuladas.
- Proseguir el misterio de una Encarnación que nos mueva a una fe en Cristo y al compromiso histórico por amor a su nombre.
- Se trata de verificar la autenticidad y profundidad de las opciones, porque no buscamos, ellas están dadas por la palabra.
- Se trata de un rescate de las razones, los ideales, la ética, los fundamentos de nuestra acción.
- Recordar que estamos con el movimiento popular no porque sea el más fuerte desde el punto de vista humano sino porque representa a los débiles a los cuales escogió Dios, según las Sagradas Escrituras.

- Estamos y somos parte de la causa de los oprimidos no porque su causa triunfará alguna vez sino porque es justa aunque no triunfe nunca, porque es la causa de los siglos, es la casa del Dios que desciende siempre al escuchar el clamor y dolor de su pueblo en los Egiptos del mundo.
- Estamos no por el cálculo oportunista, por ser los vencedores del mañana, sino por ser los vencidos del hoy.

Se trata pues de volver a ser el pueblo de Dios que busca su encuentro, su presencia y la conversión del hombre a Cristo en los cambios de la historia.

Se trata de volver a ser:

- Los que se reunían en el nombre de Jesús.
- Los que compartían verdaderamente según la necesidad de cada uno.
- Los que confrontaron, como Jesús, a los que hicieron de la casa de oración una cueva de ladrones o una morada de espíritus inmundos.
- Los que decidieron ser discípulos asumiendo los riesgos, las persecuciones y aún la derrota, pero al final supieron que Dios conduce y condujo siempre la vida a través de la cruz y de la muerte.

Los que supieron ver en la Resurrección de Jesucristo al aval y la confirmación de Dios de que su causa era justa, que la muerte no es definitiva y que el fracaso abre siempre una esperanza de que al final el amor triunfará sobre el egoísmo y el pecado en toda la creación, en la historia y en nuestras vidas personales.

Que Dios nos bendiga a todos y le damos las gracias por todo lo que Monseñor Romero nos enseñó con su vida y con su muerte.